

Yapa 5



La idea de las *Yapas literarias* es dejarte un ratito a solas con el contenido, sin que sepas de qué libro se trata, ni quién lo ha escrito.

Algunos derechos reservados.

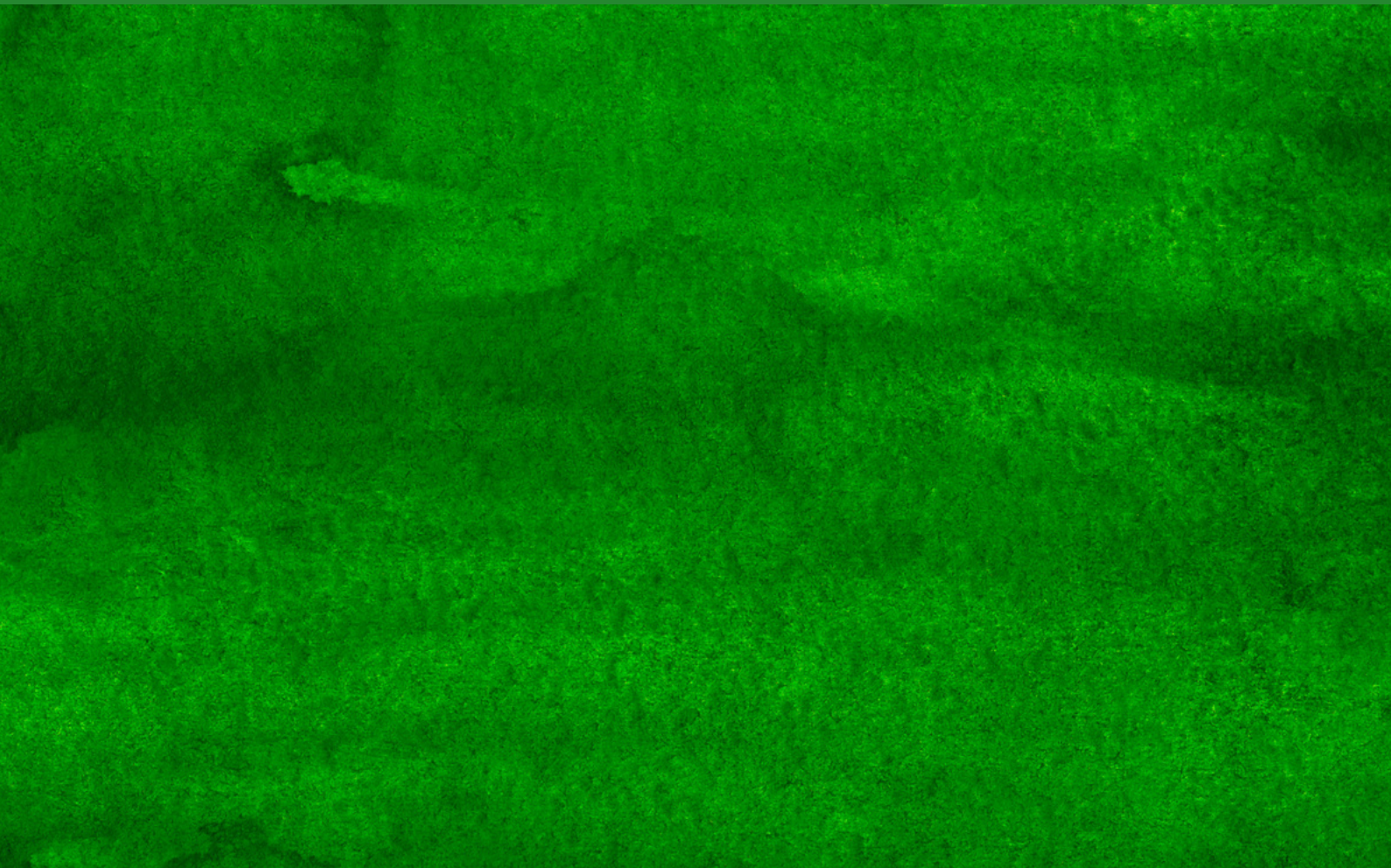
Este trabajo tiene licencia CC BY-NC-ND 4.0.
Para ver una copia de esta licencia visite
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>



Frente a mí, en un salón que en otro tiempo había sido usado como una cochería, estaba Emilio Coblan. Tenía puesta una camiseta de un club de fútbol que no reconocí de inmediato y que asomaba debajo del buzo. Su cara, sorprendentemente sin arrugas, dejaba entrever una expresión seria. El pelo castaño, despeinado. La mirada firme, como congelada, me atravesaba y yo repasé su estampa de arriba abajo, como los animales cuando miran a los humanos en busca del alma. La mano derecha, por el contrario, no compartía la misma firmeza; un temblor sutil que sugería tensiones o alguna enfermedad. Tal vez por los tormentos de la memoria. Las uñas, mal cortadas y manchadas. Ennegrecidas.

Coblan me había citado en aquella casa en las afueras de la ciudad, donde se refugiaba desde hacía unos cinco o seis años. Una casa adosada a esa sala con olor a madera vieja y humedad que me tiraba para atrás. Hasta podría jurar que cuando crucé el umbral, un aroma a cala flotaba en el aire. Había acomodado en un rincón una mesa ovalada y las sillas. Las cortinas descoloridas colgaban de los ventanales, como en los antiguos días donde ahí traficaba el luto. El piso, cubierto por una fina capa de polvo, crujía bajo cada paso. Contra una pared, las sillas plegables, dispuestas en hileras. Se disculpó por no atenderme en su casa y dijo que estaba “desordenada”. Según el mundillo periodístico, a Coblan no le había quedado nadie en la vida y, por decisión propia, se había metido en aquel moridero, como parte de su retiro definitivo. Decían que vivía de prestado. “Acá, por lo único que me tengo que preocupar es de sacar la basura, aunque estos hijos de puta de la municipalidad pasan cuando quieren”, me dijo y sonrió con malicia.

Una semana antes, yo había recibido un mail de él donde resaltaba mis crónicas y me creía merecedor de conocer una historia que jamás había revelado. Me decía que había seguido mis artículos y que había notado en ellos que como periodista yo buscaba algo más que mis propias habilidades narrativas. Me dijo en ese mensaje que veía en mí destellos de una “honestidad brutal” y que, por momentos, le recordaba a sí mismo en su esplendor, antes de la caída: de su derrumbe personal, cuando su prestigio pasó a ser un trapo de piso.



“No andás con rodeos y te sumergís en la realidad sin temor. Esa es la razón por la que te elegí. No todos los periodistas tienen la valentía de enfrentar a los sótanos del poder”, así lo escribió, aunque no todo era halago.

Si ya empezaste a ver doble es porque algo está pasando.

Si ya se te dieron vuelta las letras, quizás sea por el cansancio visual propio del formato *PDF* y su efecto colateral.

Pensé en hablar con uno de los editores del diario sobre la cuestión, pero preferí la clandestinidad. Yo había escuchado historias de cuántas veces.

También, entrelíneas, me daba a entender que había notado en un artículo mío referido al daño del medio ambiente un “tufillo de plagio”, y me cuestionaba a mis voceros: “¿Tenés una fábrica de fuentes, acaso?”, me preguntaba. Sin embargo, esos cuestionamientos no le impedían sostener su línea: hablar sobre lo sucedido en el pueblo de Villacora en junio de 2009.

¿Libro en papel o libro digital?

¿Qué es escribir cuando no es dar?

¿Cómo acariciar un libro sin su formato físico?

En este archivo acabamos de compartir un fragmento de nuestro título «Coblan: El ocaso de un infame», de *Gustavo Menéndez*; valiéndonos de la amable accesibilidad que el formato *PDF* brinda. Sin olvidarnos que, al mismo tiempo, en la digitalización de la cultura vamos perdiendo el tacto y el contacto. Es por esto que dejamos la invitación a seguir leyendo la obra literaria en formato papel, palpando las hojas, que siguen siendo ese árbol en el que nos posamos, ese árbol desde el que volamos.

PD: recordatorio

El libro físico es la posibilidad de seguir acariciando la literatura, fomenta el trabajo colectivo, es inhalámbrico y no se le acaba la batería (por el contrario, recarga la nuestra). Te esperamos allí, a pasitos de aquí, te esperamos en la sección *Tienda* de nuestra pagina web:

www.vagusediciones.com

www.vagusediciones.com.ar



vagusediciones@gmail.com

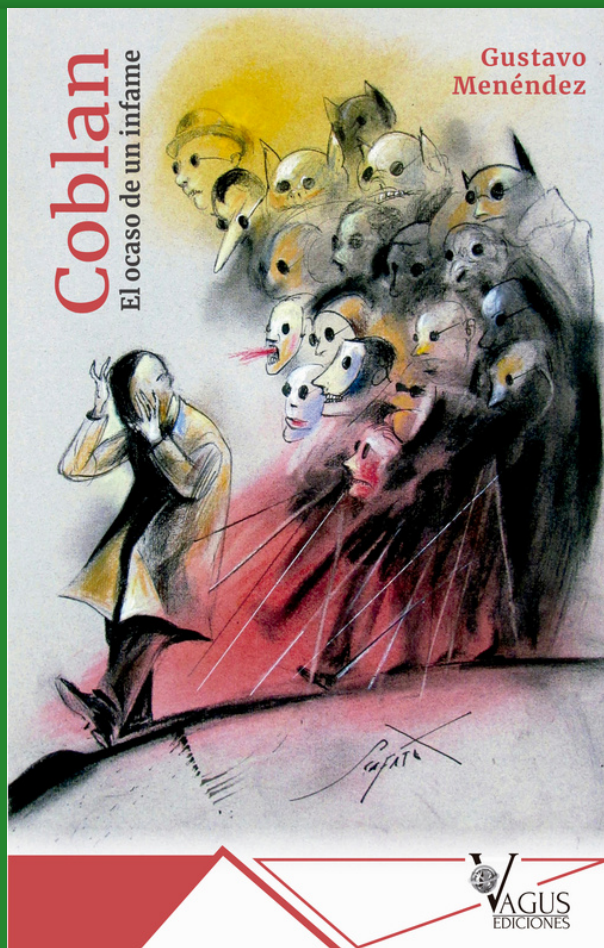


[vagus_ediciones](https://www.instagram.com/vagus_ediciones)





Gustavo Menéndez



Gustavo Menéndez

Género: thriller

Cantidad de páginas: 184

Edición: 2024

Editorial: Vagus Ediciones

Dimensiones: 22 x 14 cm

Peso: 280 gramos

ISBN: 9789878281155

Obra de tapa: Luis Scafatti

Venganzas cruzadas. Cementerio de vivos. Conspiraciones a media asta. Sábanas negras, donde la astucia y el engaño se anulan y, a su vez, se engendran. El aroma del dinero merodea las narinas de una estafa. Los sótanos del poder jamás pierden su frío y su humedad. Entre escombros de prestigio, *Coblan*, un periodista a orillas de fenecer tiene una historia por contar. Pactos y encargos. Mareado por la sensualidad de la mentira y la opacidad de la verdad, un aprendiz, intenta recomponer los ribetes de un misterio que dará a luz cada vez más oscuridad.

En esta novela policial, *Gustavo Menéndez*, desarrolla con sagacidad una suerte de relojería de la intriga. Alícuotas de humor dan frescura a la penumbra del suspenso. Los personajes abducen la atención lectora; suscitan una atmósfera de claridad borrosa, que -capítulo tras capítulo- invita a la hipótesis pluripotencial, a la conjetura de finales infinitos.